

**Ceremonia de entrega de los
Premios Príncipe de Asturias 2008**

**INTERVENCIÓN DE LA
SRA. INGRID BETANCOURT**

Premio Príncipe de Asturias de la Concordia

EMBARGADO HASTA SU LECTURA
SÓLO ES VÁLIDO EL DISCURSO PRONUNCIADO

Oviedo, 24 de octubre de 2008

Llegar al Principado de Asturias, quedar envuelta en el cariño de su gente y en el esplendor de su historia, es para mí, después de tantos años difíciles, la expresión de la misma gracia divina.

Cómo explicar de otra manera el camino extraordinario que me trae hasta aquí: hace algunas semanas estábamos mis compañeros y yo en el mundo húmedo y asfixiante de la selva, donde nada era nuestro, ni siquiera nuestros propios sueños. Fueron muchas las noches oscuras en que traté de evadirme imaginando un mundo mejor, un mundo donde personas alrededor mío buscaran aportarle felicidad a los demás y donde hiciera, otra vez, bueno vivir.

No podía imaginar que Dios oiría mi llamado al punto de traerme aquí, junto a personas que me alegraron tantos momentos el largo cautiverio que me tocó vivir.

A Rafael Nadal, por ejemplo, lo seguí durante seis años por las canchas de Roland Garros. Lo vi crecer a través de las transmisiones en directo, que Radio Francia Internacional hacía cada verano. y al tiempo que compartía la alegría de sus cada vez mayores éxitos, vivía la frustración de no poder ver sus victorias. Estar aquí en el día de hoy, viéndolo cara a cara, es como cerrar un círculo, es completar de forma maravillosa una cita con la vida.

Podría contarles también de las largas horas vacías que traté de amoblar recitándome los poemas que más he amado, haciendo un gran esfuerzo por extraer de la memoria tantos tesoros perdidos, para lograr sentirme otra vez afortunada de vivir. Estar ahora cerca de Tzvetan Todorov y de Margaret Atwood es una sensación parecida para mí a la del que ha atravesado el desierto y se encuentra finalmente con el oasis. Tengo una inmensa admiración por ellos, los escultores de la palabra, quienes con el arte sagrado de materializar el alma enriquecen a los demás sin guardarse nada para sí.

Recuerdo la vez que descubrí las maravillas de la Nanotecnología, también por la radio, una tarde después de una larga marcha de meses. Me encontraba oyendo desde mi cachumbe al comentarista, mientras era azotada por una nube de garrapatas microscópicas que se habían emboscado por el camino y se desplazaban sobre mi piel llenándome de llagas a su paso. Me acuerdo haber pensado entonces que hubiese querido que me confeccionaran una segunda piel, tan liviana y resistente como la telaraña, para evitarme el ataque de mis inexpugnables enemigos durante el duro transitar por la selva. Imaginen encontrarme aquí, con quienes me hicieron soñar, aquellos mismos que han hecho de esta ciencia una vara mágica para cambiar nuestra relación con el dolor, con el proceso de sanar, con nuestra piel.

Debo confesar que esta ha sido para mí, desde la liberación, la más maravillosa de las citas. Tuve la gran alegría de hablar con Su Alteza Real, el Príncipe Felipe, cuando en Madrid fui a visitar a su Padre el mes pasado. En los minutos en que conversamos, quedé sobrecogida por la pureza de su mirada y la bondad que emana de su persona. De alguna manera, ya lo conocía un poco, a través de los relatos que mi madre me hizo de las personas que la ayudaron durante mi cautiverio. Ella siempre guardó el recuerdo emocionado de un encuentro en Argentina, donde, sumándose al compromiso firme y valeroso de la presidenta Cristina Kirchner, sintió en las palabras de aliento del Príncipe de Asturias mucho más que un apoyo protocolario. “Él siente como nosotros”, me comentó, queriendo hacer el elogio de su gran humanidad. Este Premio, al llevar su

nombre, es doblemente significativo para mí. No sólo porque es fruto de las más nobles intenciones del pueblo español, sino porque es encarnado por este joven Príncipe y por su bellísima esposa, quienes no han dejado de sorprendernos con la generosidad de sus gestos y la altura de sus sentimientos. Sí, la palabra “Concordia” les pertenece.

Contrasta esto con la cruel realidad que sufren mis hermanos cautivos en la selva, a manos de sus deshumanizados carceleros. Para ellos, hoy, no hay ni generosidad, ni respeto, ni familia, ni afecto. Como me sucede desde hace demasiados años, vuelvo a sentir la tristeza y la alegría tejiéndose simultáneamente en mí, y confirmo una vez más que no me sentiré totalmente libre, ni feliz, mientras quede alguno de mis compañeros preso en la selva.

Pienso, por lo tanto, que cogida de la mano de todos los que nos acompañan hoy, es necesario reflexionar en lo que podemos hacer por ellos. No sólo porque haciéndolo podemos estar contribuyendo a salvarlos, sino paradójicamente, porque creo que nos estaremos salvando también a nosotros mismos.

En las cíclicas repeticiones de la historia, veo con claridad que tenemos la oportunidad, una vez más, de ser aquéllos que rompen el círculo de las maldiciones. El año pasado, en esta misma ceremonia, se oyeron las voces de las víctimas del Holocausto. Quienes estaban aquí, asistieron al doloroso cuestionamiento que ellos les hacían a sus propios vecinos, aquéllos que los miraron en silencio partir hacia el infierno y que no hicieron nada.

¿Qué hubiéramos hecho nosotros? ¿Hubiésemos hecho como la mayoría, tratando de encontrar justificaciones a la infamia, para poder dormir en la tranquilidad de nuestra indiferencia? Todos queremos pensar que no. Todos quisiéramos vernos retratados del lado de los héroes anónimos que se jugaron la vida por salvar la de ese hombre, la de ese niño que sufrió.

La vida nos ha traído a la consciencia la realidad amarga de los que están presos de esa misma infamia en las selvas de Colombia, de esa misma locura revestida de otro uniforme, pero habitada de la misma crueldad. Hoy no podemos ignorar su situación y la de cientos de seres humanos que padecen la arbitrariedad de la intolerancia política, religiosa o cultural en cualquier lugar del mundo. En esta aldea global que es el mundo de hoy, todos somos vecinos. A diario podemos extender la mano y no lo hacemos.

Quiero contarles de esos vecinos míos, que nunca nos conocieron, pero que se movilizaron en el mundo entero para exigir nuestra liberación. Personas que podían quedarse en sus casas encerradas en sus propias preocupaciones, personas que no tenían, salvo su voz, ningún medio para ayudarnos. Ellos no tenían fortunas, ni tampoco poder, y mucho menos influencia. Sólo tenían el insoportable peso de dolor nuestro.

Estos vecinos nuestros rompieron el círculo vicioso de la indiferencia, y se pararon en la misma acera de los pocos, que hace años, no aceptaron el Holocausto. Lo que vino después, ya el mundo lo conoce: una red de seres humanos encontrándose en su barrio, su ciudad, su país, uniéndose con marchas, camisetas y banderines para salvarnos del olvido.

A partir de ahí, se dio un fenómeno extraordinario. Quienes sí tenían poder e influencia, oyeron y actuaron. No todos. Pero sí algunos que también hicieron la diferencia, que también cruzaron las aceras y se pararon del lado de los que no se resignan. Hablo de los jefes de Estado de España, Francia y Suiza. El Rey Juan Carlos, el señor Rodríguez Zapatero y su canciller el señor Moratinos, estuvieron siempre al lado de nuestras familias y de Francia para facilitar nuestra liberación. Su decisión de ayudarnos fue primero una decisión íntima, salida de su corazón, luego se convirtió en política de gobierno. Fueron cientos de reuniones, cientos de contactos, muchos riesgos y dificultades para buscar y lograr, adentrándose en la selva, el contacto con la guerrilla. Tengo la convicción que su decisión de no apadrinar operaciones de rescate de tipo militar con el objetivo de respetarnos la vida, fue el punto de partida para idear una operación sin armas, donde los únicos que corrían un riesgo de muerte eran nuestros salvadores. Si algunos de nosotros salimos vivos de ese cautiverio, fue porque todos ellos pusieron su voz al servicio de nuestra libertad.

En este día, cuando las bendiciones recaen tanto sobre los que reciben como sobre los que dan, qué bueno tomar consciencia del poder de la palabra que nos ha otorgado la Providencia.

Es claro que nuestro mundo debe cambiar y que cada uno de nosotros debe romper la maldición de su propia indiferencia. Esa transformación que nos urge, en momentos en que los rascacielos de las finanzas del mundo parecen desplomarse sobre nosotros, cuando las fragilidades de nuestra civilización se manifiestan con mayor claridad, esa transformación, que sentimos imprescindible, comienza en lo profundo de cada corazón.

Porque lo que se está cayendo es un mundo construido sobre la irresponsabilidad y el egoísmo. ¿Cómo pensamos salvar el planeta del calentamiento climático si no aceptamos consumir de manera diferente, y por lo tanto, si no aceptamos cambiar nuestros hábitos y nuestros placeres?

¿Cómo creemos que podremos sobrevivir a las mareas humanas de los que migran hacia Europa o Estados Unidos, si no aceptamos reconocerles el derecho a desear lo que nosotros deseamos?

Con nuestra palabra podemos reclamar otras relaciones, otros compromisos, otras soluciones. Podemos aceptar acuerdos comerciales menos buenos para nosotros, pero más justos. Podemos buscar mayores inversiones solidarias y menos rendimientos especulativos. Podemos ofrecer más diálogo y menos imposiciones por la fuerza.

Sobre todo, podemos no resignarnos. Porque resignarse es morir un poco, es no hacer uso de la posibilidad de escoger, es aceptar el silencio. La palabra, en cambio, precede la acción, prepara el camino, abre las puertas. Hoy debemos más que nunca usar la voz para romper cadenas.

Tengo la profunda convicción que cuando hablamos, estamos cambiando el mundo. Las grandes transformaciones de nuestra historia siempre fueron anunciadas antes. Así llegó el hombre a la Luna, así se cayó el muro de Berlín, así se acabó el *apartheid*. Así tiene que desaparecer el terrorismo.

Las guerrillas de Colombia deben oír desde aquí las voces de quienes reclamamos la Libertad de todos los colombianos. En este llamado se resumen las grandes reivindicaciones de la humanidad. Nadie puede sacrificar a un ser humano en el altar de su ideología, de su religión o de su cultura. Si las FARC no quieren ser consideradas como terroristas por el resto del mundo, tienen que rectificar su acción, repudiando el secuestro para siempre. La deshumanización de sus tropas, necesaria para poder mantener seres humanos encadenados durante largos años, es una responsabilidad que recae sobre sus comandantes. Los miembros del secretariado saben que el mundo los señala con severidad.

Desde Asturias, hacemos un desgarrador llamado a nuestros pueblos hermanos, en toda América Latina, para que impidan que el secuestro se generalice en nuestro continente. Pedimos que la droga que se produce en Colombia y en otras regiones no pueda transitar por los territorios de nuestras geografías, porque con la riqueza que genera se alimenta el terrorismo y se incrementa el secuestro. Pedimos que todos nuestros pueblos detengan el tráfico de armas porque esas mismas armas se utilizan en contra de nuestra población, para quitar la vida y la libertad de nuestros seres queridos. Pedimos que, en la consciencia de cada hogar, se castigue la corrupción, porque ella permite que quienes actúan para favorecer el crimen, no tengan que enfrentar la ley.

Sé que los pueblos de América Latina nos escuchan. Para traficar drogas, armas y conciencias se necesita el silencio de los vecinos. Que cada uno de nosotros cruce la acera y se pare del lado de los que hacen la diferencia, de los que no aceptan los holocaustos. La gente sencilla, con el escudo de sus convicciones y la espada de su voz, puede lograr grandes acciones: lo que hemos visto esta noche es prueba de que sí es posible cambiar la realidad que nos indigna cuando decidimos no silenciar la voz de nuestros corazones.

Los invito a imaginar un mundo donde el hombre culmine su destino, donde los valores del alma dicten las decisiones y el amor rija los pueblos. Quiero creer que este ritual que se desarrolla en Oviedo, hoy y cada año, es augurio elevado de las profundas transformaciones que se están produciendo en nuestros corazones y en el de nuestras naciones. Busquemos juntos los tesoros que se esconden en lo recóndito de nuestra alma y en los orígenes de nuestra civilización. Confiemos que todo es posible, si así Dios lo quiere, y que de las contradicciones que vivimos hoy pueda salir un nuevo mundo, ese que seguimos buscando después de Colón, el que desde Oviedo reclamamos, el mundo de la Concordia.